

## II

Terminado el almuerzo á una hora en que los simples mortales habian ya hecho la refacción de la tarde, Petronio pidió la venia á su sobrino para dormir la siesta.

— Es todavía temprano — dijo — para visitas. Verdad que existen aún algunos séres originales que comienzan el visiteo al salir el sol porque creen que ésta es una antigua costumbre romana. Opino, sin embargo, que procede de los bárbaros. ¿No te parece que la hora más adecuada para las visitas es aquella en que el sol descende hacia el templo de Júpiter Capitolino mirando de soslayo al Foro? Aunque estamos en otoño, todavía el aire es tibio y convida al reposo después de la comida... Es muy agradable oír el murmullo de la fuente en el atrio y, después de haber dado los mil pasos de rigor, adormecerse á la luz rojiza que descende del purpúreo *velario* (1).

Accedió Vinicio, y después de haber paseado un rato charlando acerca de los acontecimientos palatinos y urbanos, sazónándolos con reflexiones filosóficas, Petronio entró en el *cubiculo* (2). Media hora después se levantó sin haber pegado los ojos y se frotó las manos y las sienes con verbena.

— No puedes imaginarte — exclamó — cuánto refresca y reanima el aroma de esta planta.

La litera estaba ya preparada. Colocados en ella, se hicieron llevar al *Vicus Patricius*, (3) donde Aulo tenia su casa.

La *insula* de Petronio estaba situada en la vertiente meridional del Palatino y, por tanto, el camino más recto para nuestros dos patricios era el que pasaba por el lado acá del Foro; pero como Petronio queria ver á Idomeneo, el joyero, ordenó á

(1) Lienzo con que se cubrían los circos y teatros para resguardar del sol y de la lluvia á los espectadores. Aquí se da al vocablo una aplicación extensiva muy justificada.

(2) Dormitorio.

(3) *Vicus*, barrio. Para mayor precisión añadiremos que el *vicus* solía constar de una calle principal, que le daba el nombre, y de algunas otras, por regla general verdaderos callejones, que desembocaban en aquélla. Por esta razón, el vocablo se toma á veces en la acepción de barrio y otras expresa exclusivamente la calle principal.

los esclavos que atravesaran el *Vicus Apollinis* y el Foro para salir al *Vicus Sceleratus*.

La litera era llevada por gallardos negros y la precedían los esclavos llamados, por la razón misma de precederla, *pedissequi*. Petronio aspiraba en silencio la fragancia de la verbena de que estaban impregnadas sus manos y parecia reflexionar. De pronto dijo:

— Ahora se me ocurre que si tu ligia no es esclava puede, si quiere, abandonar sin riesgo alguno la casa de Plaucio. ¿No le has declarado tu amor?

— La vi por primera vez cerca de la fuente, como te dije, y otras dos me crucé con ella en el jardín. Yo estaba alojado en el cuerpo de edificio destinado á los huéspedes, y la enfermedad no me consentia sentarme á la mesa común. Unicamente la vispera de mi partida logré estar al lado de Ligia á la hora de la *cena* (1), pero no hablarle, porque tuve que escuchar el relato que de sus victorias en la Bretaña hacia Aulo Plaucio y después algunas consideraciones sobre la decadencia de la pequeña propiedad en Italia y sobre los esfuerzos de Licinio Estolón para restaurarla. No creo que Plaucio sea capaz de hablar de otra cosa, como no te endilgue un sermón sobre la inmoralidad presente. Cría faisanes, mas no se atreve á comerlos convencido de que si lo hiciera precipitaria el fin del poderío romano... Otra vez vi á Ligia en el jardín, cerca de la cisterna. Sumergía en el agua una rama de laurel y la agitaba luego rociando las plantas. ¡Por el escudo de Hércules te juro que mis piernas, que jamás temblaron cuando nos embestian, aullando, los partos, dobláronse como las de un niño sorprendido en flagrante travesura y, de pronto, no pude articular palabra.

Petronio le lanzó una mirada de envidia.

— ¡Dichoso tú! — exclamó. — El mundo y la vida son ciertamente poco apetecibles; pero contienen una eterna felicidad: la juventud, que pasa ¡ay! como una flecha... ¿No le hablaste, pues?...

— ¡Si! Repuesto de mi emoción le expliqué el motivo de encontrarme en aquella casa; le dije que á pesar de haber padecido cruelmente preferia los sufrimientos dentro de aquellos muros á cualquier goce fuera; la enfermedad más terrible á

(1) Era la comida principal de los romanos que, según César Cantú, se hacía á las tres de la tarde en verano y á las cuatro en invierno.

la salud. Ella me escuchaba conmovida, inclinada la cabeza y trazando figuras sobre la arena del sendero con la rama de laurel. Levantó luego los ojos, miró otra vez las figuras dibujadas, me miró á mí, como si quisiera interrogarme, y se alejó apresuradamente. Poco después vino corriendo el niño de Plaucio y me preguntó algo que no logré entender.

—Pero ¿qué figura trazó sobre la arena; sería un corazón traspasado por un dardo?... ¿Escribiría tal vez la palabra amor?... ¿Cómo no se te ocurrió mirar aquel dibujo?

—Vestí la toga antes de lo que tú crees — contestó Vinicio. — Cuando apareció el pequeñuelo ya había fijado la atención en el dibujo. No ignoro que en Grecia y en Roma las muchachas suelen trazar sobre la arena las confidencias que los labios rechazan... Adivina qué había dibujado.

—Es difícil, no siendo un emblema amoroso.

—Un pez.

—¿Has dicho?...

—He dicho un pez... ¿Qué quería significar; qué es helada la sangre que corre por sus venas?... No acierto. Tú comprenderás mejor que yo este enigma.

—Perdona, querido sobrino. Sobre este asunto consulta á Plinio que es docto en la materia... Si no hubiese muerto el viejo Apicio podrías consultarle también, porque engulló más peces que hay en el golfo de Nápoles.

El ruido ensordecedor de la calle interrumpió la conversación. Habían atravesado el *Vicus Apollinis*, dado la vuelta por el *Boarium* (1), y acababan de entrar en el *Forum Romanum*. El tiempo era espléndido y la ociosa muchedumbre paseaba por los intercolumnios, departiendo sobre los sucesos del día, contemplando á los patricios que se hacían llevar en literas y parándose frente á los escaparates de las tiendas de los joyeros, libreros, cambistas, fundidores y escultores que circuían la sección del mercado inmediata al Capitolio.

La parte del Foro situada al pie de la montaña estaba ya sumergida en la sombra; pero las columnas de la parte superior de los templos, inundadas de luz, se destacaban vigorosamente sobre el azul del firmamento, mientras que las situadas más abajo proyectaban sombras prolongadas sobre los marmóreos edificios, tan estrechamente agrupados, que produ-

(1) Mercado de bueyes.

cian á quien los contemplaba como una sensación de sofocante angustia. Amontonados en desorden, trepaban por la colina, se extendían á derecha é izquierda, se apretaban contra los muros de los palacios, formando una inextricable selva de columnatas altas y bajas, esbeltas y macizas, blancas y doradas, con capiteles adornados de flores de acanto unas, rematadas otras por volutas jónicas ó por el severo ábaco dórico. Sobre este tupido bosque de columnas se destacaban flores de trébol; por los tímpanos asomaban las estatuas de los dioses y aladas cuadrigas parecían lanzarse desde la sublimidad de las cimas al espacio azul combado majestuosamente sobre la soberbia Ciudad.

Por el centro del mercado se deslizaba la muchedumbre, como las aguas de caudaloso río. Muchos paseaban bajo los arcos de la basilica de Julio César; otros estaban sentados en las gradas del templo de Cástor y Póllux ó daban vueltas al rededor del pequeño santuario de Vesta, destacándose sobre aquella decoración de mármoles como mariposas y avispones. Desde lo alto de la amplia escalinata del templo consagrado á Júpiter Optimo Máximo bajaban siempre nuevas oleadas de gente. Cerca de los Rostros declamaban improvisados retóricos, mientras los vendedores de frutas, vino y agua con zumo de higos pregonaban á voz en grito sus mercancías, los charlatanes ponderaban las virtudes curativas de sus drogas y los adivinos, zahories é intérpretes de sueños daban con voz nasal y cadenciosa sus sibiliticas respuestas, mezclándose al vocerío los sonidos de la sambuca egipcia, del sistro y de la flauta griega.

Aparecían de cuando en cuando grupos de enfermos y devotos que llevaban ofrendas á los dioses. Sobre las amplias losas picoteaban las palomas, levantando á lo mejor el vuelo, á grandes bandadas, con rumoroso aleteo, para caer otra vez sobre los claros que dejaba la muchedumbre. A veces ésta se abría para dejar el paso libre á una litera en la cual se percibía una hermosa cabeza de mujer ó el rostro decrepito y adusto de un senador ó de un guerrero. La plebe pronunciaba en voz alta sus nombres. Pelotones de pretorianos y de guardias encargados de conservar el orden público desfilaban con paso marcial por entre los grupos. Se oía hablar no menos la lengua griega que la latina.

Vinicio, que había estado mucho tiempo ausente, contemplaba con curiosidad aquel hormiguero de gente, aquel *Forum*

*Romanum* señor del mundo y poblado, sin embargo, de una muchedumbre cosmopolita.

— Nido de *quirites* sin *quirites* (1) — dijo lacónicamente Petronio, adivinando el pensamiento de su compañero.

En efecto, la invasión creciente de todas las razas conocidas ahogaba, en Roma, al elemento romano. Pululaban por do quiera grupos de etíopes, negros como el azabache; gigantes de rubios cabellos traídos de las regiones brumosas del Norte; galos, bretones y germanos; hijos de la Sérica Indica, de ojos oblicuos; naturales de las riberas del Eufrates y del Indo; sirios de las orillas del Oronte, de ojos negros y mirada apacible; árabes del desierto, fuertes y enjutos de carnes; judíos de pecho hundido; egipcios de sonrisa imperturbable; núbidas; africanos; griegos de la Hélada, que compartían con los romanos el gobierno de la ciudad, si bien por medio de la ciencia, el arte y la astucia; griegos del Asia Menor, del Egipto, de la Italia meridional y de la Galia Narbonense. Con los esclavos de orejas horadadas se confundían no pocos mercaderes y aventureros atraídos á la gigantesca ciudad por el cebo del lucro. Abundaban también los sacerdotes: los de Serapis que empuñaban palmas; los de Isis, diosa egipcia en cuyos altares se hacían más sacrificios que en los del mismo Júpiter Capitolino; los de Cibele que llevaban en las manos doradas mazoreas de maíz, y los de muchas divinidades exóticas. Había también bailarinas orientales, con la cabeza cubierta por vistosas *mitras*, vendedores de amuletos, domadores de serpientes y magos caldeos. Formaba como el sedimento de esta abigarrada muchedumbre la plebe libre y ociosa que el Emperador mantenía, vestía y divertía; bandadas de canalla desarrapada que se presentaban todos los días en demanda de su ración de trigo en los depósitos de las orillas del Tiber, que se disputaban los billetes de lotería en los circos, que dormían en las casucas ruinosas del *Transtevere* y pasaban el día en los ériptopórticos, en las hediondas madrigueras de la Suburra, sobre el puente Milvio ó en frente de los palacios opulentos, de donde, á veces, les arrojaban las sobras de la mesa de los esclavos.

Petronio era muy conocido de aquella multitud. De vez en cuando llegaba á los oídos de Vinicio esta exclamación:

— ¡Védle! ¡Védle!

(1) Ciudadanos romanos.

Se le quería por su generosa esplendidez; pero su popularidad había subido de punto al saberse que, gracias á su intercesión, el César revocó la sentencia en que se condenaba á muerte á todos los esclavos, sin distinción de sexo ni edad, del prefecto Pedanio Segundo, execrable déspota asesinado por uno de ellos en un arrebato de exasperación. No obstante, á Petronio le importaba un comino el aura popular y, en realidad, intervino en el negocio menos por conmiseración de aquellos desgraciados que por respeto á su alto sentido estético, que le había valido el sobrenombre de *Árbitro de las Elegancias* y al que, naturalmente, repugnaba una carnicería «propia quizás de los bárbaros escitas, pero indigna de los cultos romanos.» Y no solamente despreciaba el favor de la plebe, sino que lo miraba con recelo, recordando que las principales víctimas de Nerón habían sido por ella idolatradas: Británico, que murió envenenado; Agripina, á quien el César mandó asesinar; Octavia, ahogada en el baño, después de haberle abierto las venas; Rubelio Plaucio á quien desterró *Barbarroja*, y Traseas que aguardaba inquieto todos los días su sentencia de muerte... La popularidad, pues, se había de considerar como presagio funesto y aquel escéptico, como buen romano, no dejaba de ser supersticioso... Petronio despreciaba á la muchedumbre por dos razones: como aristócrata y como esteta. En su concepto, no podían ser considerados como hombres séres que olian á habas tostadas y que jugaban á la morra, sudorosos y jadeantes, en los cuadrivios y peristilos.

Sin dignarse contestar siquiera con una sonrisa á los aplausos, continuaba la conversación con su sobrino á quien decía:

— ¡Cómo se reiría Pedanio de la veleidad de esa canalla!... ¡Figúrate que al día siguiente de haberse amotinado aplaudió con entusiasmo delirante á Nerón, mientras se encaminaba al templo de Júpiter Stator!

Frente á la librería de Avirano hizo detener la litera. Descendió, compró un primoroso manuscrito y entregándoselo á Vinicio dijole:

— Toma; te lo regalo.

— Gracias; — respondió Vinicio, dando una mirada al título — *¿Satiricón?*... Es una obra nueva. ¿De quién es?

— Mia. Pero como no quiero que me ocurra lo que á Rufino, cuya historia he prometido contarte, ni lo que te referí de Fa-

bricio Vegento, me he guardado de dar el nombre y te recomiendo el secreto.

— Me has dicho que no escribes versos — prosiguió Vinicio, hojeando el libro — y aquí veo poesías intercaladas en la prosa.

— Cuando lo leas fijate en la *Cena de Trimalción*. Por lo que toca á los versos, me dan náuseas desde que *Barbarroja* se puso á escribir una epopeya. Vitelio, como sabes, para vomitar se mete una paleta de marfil en el gáznate; otros emplean con el mismo objeto plumas de faisán impregnadas de aceite ó de una decocción de sérpol. Yo léo las poesías de Nerón y obtengo exactamente el mismo resultado. Puedo entonces alabar sus versos, si no con la conciencia tranquila, al menos con el estómago limpio.

É hizo detener la litera frente á la tienda del joyero Idomeneo. Escogidas las gemas que deseaba, dió orden á los esclavos de que les transportaran directamente á casa de Aulo.

— Mientras tanto te contaré la historia de Rufino, la cual podría titularse: «A donde conduce la vanidad de un autor».

Mas como en aquel momento acababan de entrar en el *Vicus Patricius*, antes de empezar el relato se encontraron frente á la casa de Aulo. Un portero joven y robusto les abrió la puerta, mientras una urraca enjaulada les saludaba con un estridente ¡*Salve!*

Pasando al segundo vestibulo dijo Vinicio:

— ¿Te has fijado en que el portero no está encadenado? (1).

— Es una casa muy extraña ésta — contestó á media voz Petronio. — Habrás oído decir que Pomponia Grecina ha sido acusada de profesar cierta superstición oriental que se basa en la adoración de un tal Cristo.

— Tienes razón; es una casa misteriosa. Ya te explicaré cuanto he visto y oído aquí.

Pasaron al atrio. El esclavo encargado de su guarda, llamado por esta causa *atriense*, envió al *nomenclator* á anunciar la visita, mientras otros esclavos les ofrecían asientos y les colocaban escabeles bajo los pies.

A Petronio se le había antojado que siempre reinaba una enojosa tristeza en la vivienda de Aulo y Pomponia y jamás había puesto el pie en ella. Por esta razón miraba con asom-

(1) El esclavo que servía de portero estaba, en las casas romanas, sujeto por el ple con una cadena.

bro en torno suyo, convencién dose de su error, pues el atrio producía impresión placentera. Por la rectangular abertura del techo bajaba un torrente de luz que se rompía en mil haces sobre la superficie de las aguas del *impluvio* (1), el cual estaba rodeado de lirios y de anémonas. Era evidente que en aquella casa se tenía predilección por los lirios, pues los había en todo el atrio y de varios colores: blancos, rojos, azulados, en cuyos pétalos brillaban como perlas las gotas de agua. Sobre el húmedo musgo y sobre el verdor de las frondosas plantas se destacaban estatuillas de bronce en las cuales se reproducían pájaros acuáticos y niños. En uno de los ángulos veíase una corza, enmohecida y vercosa á causa de la humedad, con la cabeza inclinada sobre el agua en actitud de beber. El pavimento del atrio era de riquísimo mosaico y los muros, en parte incrustados de mármoles rojos, en parte adornados con pinturas de árboles, peces, pájaros y grifos, ofrecían bello y armónico aspecto. Los marcos de las puertas laterales estaban taraceados de nácar y marfil, y en los espacios intermedios, adosadas á los muros, se erguían las estatuas de los ascendientes de Plaucio.

Petronio no acertaba á salir de su sorpresa. En aquella morada á un tiempo modesta y magnífica, no fastuosa, pero sí señorial, se gozaba de un apacible bienestar. Su casa era incomparablemente más espléndida y rica, pero su depurado gusto no encontraba nada que censurar en la de Aulo. Se disponía á explicar á Vinicio esta impresión, cuando un esclavo levantó la cortina que separaba el atrio del *tablino* (2) y apareció Aulo Plaucio. Era éste hombre ya entrado en años, pero de constitución robusta, de facciones severas y algo aguileñas. En aquel momento se hallaba perturbado por la inquietud que, naturalmente, le había de producir la inesperada visita del amigo y confidente del César.

No podía escapar esta impresión á la perspicacia de un hombre de mundo como Petronio, quien, después de los saludos de rúbrica, se apresuró á explicar, con su habitual elocuencia y gracejo, el motivo de la visita, manifestando «que no era

(1) Estanque rectangular en el centro del atrio, que correspondía á la abertura del techo, *compluvium*, y en el que se recogían las aguas.

(2) Sala donde los patricios solían tener el archivo y los retratos de familia y donde recibían á los *clientes*. Les servía también, generalmente, de escritorio.

otro sino el deseo de darle las gracias por los cuidados prodigados á su sobrino mientras estuvo en aquella casa curándose el brazo dislocado, visita por otra parte de sobras justificada por la antigua amistad que á Plaucio le unía».

Este contestó á tan corteses frases que le era sumamente agradable la presencia de Petronio, añadiendo:

— En cuanto á gratitud me considero deudor, aunque de pronto no atines con el motivo.

— En verdad — dijo Petronio, — no acierto...

— Aprecio mucho — replicó Aulo — á Vespasiano, á quien salvaste la vida el día en que tuvo la desgracia de dormirse mientras Nerón recitaba unos versos.

— Más bien dirías la *fortuna* porque, al fin, no los oyó. No niego, sin embargo, que la cosa habría podido acabar mal. *Barbarroja* tenía el propósito de enviarle un centurión con la afectuosa súplica de que se abriese las venas.

— Y tú, Petronio, ¿le ridiculizaste por esta decisión?...

— ¡Ah, no! Le di á entender que si Orfeo con su canto lograba amansar á las fieras, no era menor triunfo el de hacer dormir á Vespasiano. Se puede criticar sin peligro á Nerón con tal de mezclar á la crítica una buena dosis de lisonja. Nuestra graciosa Augusta Popea conoce á fondo este arte.

— ¡Qué tiempos éstos! — exclamó Aulo — Mira: me faltan dos dientes que un bretón me arrancó de una pedrada; desde entonces tengo el habla sibilante, y, sin embargo, son los mejores días de mi vida los que pasé en Bretaña.

— Porque resplandecieron con tus victorias — interrumpió Vinicio.

Temiendo Petronio que el viejo militar se engolfase en el relato de sus campañas se apresuró á cambiar de conversación. Refirió que en los alrededores de Prenesta unos campesinos habían encontrado el cadáver de un lobezno con dos cabezas; que durante la última tempestad una centella había arrancado una piedra de uno de los ángulos del templo de Diana, cosa realmente extraordinaria á fines de Otoño, y que un tal Cotta, al relatarle el hecho, había añadido que los sacerdotes lo consideraban como presagio de desventuras, como, por ejemplo, la destrucción de la Ciudad ó la ruina de alguna casa poderosa, y que sólo con pingües ofrendas á los dioses podrían conjurarse.

Aulo observó que no era prudente desdeñar los avisos de las divinidades y que nada tendría de extraño que éstas estu-

vieran irritadas por la maldad de los hombres, cuyos crímenes excedían á toda medida, añadiendo que tal vez con sacrificios propiciatorios sería posible conjurar su venganza.

A lo que contestó Petronio:

— Tu casa, Plaucio, no es grande, aunque un grande hombre more en ella; la mía está en relación con su mediocre propietario, y, tratándose de una gran casa, como si dijéramos de la *Domus Transitoria* (1), ¿vale la pena de que ofrezcamos sacrificios á los dioses para salvarla?

Plaucio calló por prudencia, lo que no dejó de ofender algún tanto á Petronio, pues aunque confidente del César y hombre de conciencia elástica, jamás había sido delator.

El *Arbitro* cambió de nuevo de conversación y se puso á elogiar la casa de Plaucio.

— Es un antiguo edificio — contestó éste con indiferencia — que está como lo heredé, pues ni una sola reparación le he hecho.

Recogido el elegante cortinaje que separaba el atrio del *tablino*, la casa quedaba visible de un extremo á otro, pudiendo alcanzar la mirada, á través del *tablino*, del último peristilo y de la amplia sala posterior, hasta el jardín que se destacaba en el fondo como un cuadro luminoso encerrado en oscuro marco. En el jardín se oían las alegres risotadas de un niño.

— Permitenos, Plaucio — exclamó Petronio — oír de cerca esta ingénua risa, tan rara en nuestros días.

— Con mucho gusto — respondió Plaucio, levantándose — Es mi pequeñuelo que juega á la pelota con Ligia. Pero yo imaginaba, Petronio, que pasabas los días en una risa inextinguible...

— La vida es ridícula y por esto me río con frecuencia — dijo Petronio. — Pero aquí la risa tiene otro sonido.

— Por lo demás — observó Vinicio — Petronio no suele reirse de día, sino de noche.

Y departiendo de esta suerte, atravesaron la casa y entraron en el jardín, donde Ligia y el niño de Aulo estaban, efectivamente, jugando.

(1) Nerón, una de cuyas manías era poseer un vasto y magnífico palacio, hizo unir el que poseía en el Palatino con otro del Esquilino por medio de soberbia construcción á la que se dió el nombre de *Domus Transitoria*, ó sea edificio de paso. — (Suet. Ner., XXXI).

Petronio echó una mirada rápida á Ligia. El pequeñuelo corrió á saludar á Vinicio quien, adelantándose, hizo una inclinación de cabeza á la hermosa doncella, que estaba inmóvil, con la pelota en la mano, los cabellos en desorden y las mejillas vivamente coloreadas por efecto del cansancio.

En el *triclinio* del jardín (1), á la sombra de una parra entrelazada con yedra y madreSelva, estaba sentada Pomponia Grechina á quien se apresuraron á saludar los visitantes. Aunque no frecuentase la casa, Petronio conocía á Grechina por haberla encontrado algunas veces en la de Antistia, hija de Rubelio Plaucio, y en las de Séneca y Polión. La verdad es que no acertaba á sustraerse á la extraña impresión de respeto que le producían la sonrisa melancólica, pero serena, de Pomponia y la nobleza de su continente, de sus gestos y de sus palabras. De tal manera contrastaba la esposa de Aulo con la idea que tenía de la mujer este hombre corrompido hasta la médula, que ante ella perdía su habitual aplomo; en aquel momento, al expresarle su gratitud por los cuidados que prodigara á Vinicio, no supo sustraerse á darle el tratamiento de *domina* que jamás le vino á la memoria cuando, por ejemplo, departía con Calvia Crispinilla, Escribonia, Valeria, Salina y otras damas de alto copete. Tras las obligadas frases de cortesía, manifestóle cuanto sentía que viviese tan retirada; que no se la encontrara nunca ni en el circo ni en el teatro.

La dama contestó plácidamente y con la mano apoyada en la de su marido:

— Nos volvemos viejos y cada día nos atrae con mayor fuerza el hogar.

Empeñóse Petronio en insistir por galantería; pero Aulo Plaucio le atajó diciendo con su voz sibilante:

— Cada día nos sentimos más extraños entre gentes que dan nombres griegos á nuestros dioses romanos.

— Los dioses, de algún tiempo á esta parte, han degenerado en figuras retóricas — contestó con desenfado Petronio — y la Retórica nos la han enseñado los griegos. Por lo que á mí toca, más fácil me resulta decir Hera que Juno.

Después quiso protestar contra lo que Pomponia había dicho de la vejez.

(1) Cenador.

— No hay duda que la vejez nos sorprende á lo mejor — exclamó; — pero su llegada depende en gran parte del género de vida que uno lleva y, en verdad, hay personas que parecen olvidadas de Saturno.

Había bastante sinceridad en las palabras de Petronio, pues aunque Pomponia hubiese entrado en la edad madura conservaba la frescura de la tez, y como tenía la cabeza pequeña y las facciones delicadas, á pesar de su vestido negro, de su austero continente y de su melancolía, presentaba un aspecto en cierto modo juvenil.

El niño, que había adquirido cierta familiaridad con Vinicio durante la estancia de éste en la casa, le invitó á jugar á la pelota. Detrás del pequeñuelo había entrado Ligia en el *triclinio*. Bajo el dosel de yedra, con hacecillos de luz jugueteándole en el rostro, á Petronio le pareció mucho más hermosa la muchacha que al verla por primera vez, poco antes. Y como aún no le había dirigido la palabra, levantóse, inclinó la cabeza y pronunció las palabras con que Ulises saludó á Nausicáa (1):

Seas diosa ó mortal, á suplicarte  
Vengo, oh reina. Si diosa eres acaso  
De las que en el inmenso cielo habitan,  
A Diana, hija de Júpiter, en talle  
Majestad y belleza te comparo.  
Si mortal, habitante de la tierra,  
Feliz tres veces el ilustre padre  
Que te dió el ser, feliz tu madre augusta,  
Felices tus hermanos...

A la misma Pomponia le agradó la gentil galantería de aquel hombre de mundo. Ligia, por su parte, la escuchó confusa, ruborizada y sin atreverse á levantar los ojos del suelo; pero bien pronto apareció sobre sus labios graciosa sonrisa; en sus facciones se pintó encantadora vacilación, y de un aliento,

(1) En las traducciones francesas é italianas que hemos tenido á la vista, las palabras de Ulises y de Nausicáa aparecen en prosa. Nosotros hemos preferido copiar los versos de la traducción de la *Odissea* hecha por D. Federico Baraibar y Zumárraga, la primera que nos ha venido á la mano.

como quien recita una lección de memoria, contestó con las mismas palabras de Nausicáa:

...Extranjero, no pareces  
De raza vil, ni necio...

Y huyó, rápida, como pájaro espantado.

Esta vez fué Petronio quien se asombró; no esperaba oír versos de Homero en labios de una muchacha de origen bárbaro. Volvió la cabeza hacia Pomponia con mirada interrogativa; pero ésta se contentó con sonreír á su marido, que tenía la satisfacción pintada en el semblante.

A pesar de sus prejuicios de antiguo romano que le llevaban á protestar contra el empleo y la difusión de la lengua griega, no dejó de halagarle que Ligia, por la cual sentía cariño de padre, hubiese contestado en aquel idioma, y precisamente con versos de Homero, pues consideraba su conocimiento como el pináculo de la cultura.

—Tenemos profesor de griego para nuestro hijo—observó Aulo, volviéndose á Petronio—y Ligia asiste á las lecciones. Es todavía muy niña... La queremos mucho...

Petronio contempló un instante, á través de la celosía que formaban las ramas de yedra y los pámpanos, á Vinicio, á Ligia y al niño de Aulo que jugaban en el jardín. El primero, despojado de la toga y cubierto simplemente con la túnica, lanzaba en alto la pelota, y Ligia, que estaba en frente, levantando las manos procuraba cogerla. Como se ha indicado, la doncella, de primera impresión, no gustó á Petronio; parecióle á éste extremadamente delgada; pero después de haberla contemplado á su sabor en el *triclinio* no pudo menos de compararla á la Aurora. Sus mejillas rosadas y diáfanas, la blancura de su frente alabastrina, sus ojos azules y serenos, sus cabellos con reflejos de ámbar y de bronce, su cuerpo esbelto y flexible, su frescura juvenil, dieron la idea de una misteriosa armonía al escéptico elegante, quien tuvo que confesarse que en el continente de Ligia había algo de extraordinario.

Y dirigiéndose á Pomponia, dijo:

—Comprendo, *domina*, que teniendo aquella pareja á vuestro lado preferais el hogar al Circo y á los banquetes del Palatino.

—Sí—respondió Pomponia, mirando á su pequeñuelo y á Ligia.

El viejo soldado empezó á contar la historia de la muchacha y cuanto sabía por Atelio Cistero acerca del pueblo ligio, perdido en las brumas del Septentrión.

Los jóvenes, cansados del juego, dieron algunas vueltas por el jardín, destacándose sus figuras como blancas estatuas sobre el fondo oscuro de los mirtos y de los cipreses. Después fueron á sentarse en un banco de piedra cercano á la piscina. El niño, que era muy inquieto, se acercó al agua y se entretuvo arrojando piedrezuelas á los peces.

Vinicio, continuando la conversación comenzada durante el paseo, decía con voz baja y temblorosa:

—Sí, Ligia; apenas hube dejado la toga *pretexta* (1), me enviaron á las legiones de Asia. No he tenido tiempo de conocer la Ciudad ni la vida. Cuando niño asistía á la escuela de Musonio, quien nos enseñaba que la felicidad consiste en querer lo que quieren los dioses y, por consiguiente, que depende de nuestra voluntad. Sin embargo, creo que existe otra felicidad que no depende de nosotros; una felicidad más excelsa... y yo, Ligia, ando en busca de quien quiera otorgármela.

Calló, y por un momento oyóse solamente el ligero chapoteo que producían al tocar el agua las piedrezuelas arrojadas por el niño. Con voz más tierna y queda, Vinicio prosiguió:

—¿Conoces á Tito, hijo de Vespasiano? Se enamoró de Berenice con tan intensa pasión que estuvo á punto de morir. De esta manera sabría amarte yo, hermosa Ligia... Riquezas, gloria, poder, no son más que sueños, humo... El rico halla siempre á otro más rico que él; la gloria de uno es siempre eclipsada por la gloria de otro; el poderoso es abatido con frecuencia por otro que tiene un poder más alto; únicamente el amor, Ligia, nos iguala á los dioses.

La joven le escuchaba emocionada, como si le acariciaran el oído con los sonidos de una flauta griega; música extraña que filtraba en sus venas, le removía la sangre, le comprimía el corazón, inundándola á la vez de un placer inefable. Parecía oír palabras ya pensadas, pero que no habían encontrado hasta entonces forma de expresión.

---

(1) La guarnecida con una franja de púrpura que llevaban en Roma los jóvenes nobles de ambos sexos hasta la edad de 17 años. También la usaban los sacerdotes, magistrados y senadores en las funciones públicas.

El disco del sol tocaba la cima del Janiculo, arrojando sobre los cipreses inmóviles resplandores de fuego y difundiendo por toda la atmósfera tenue luz rojiza. Ligia levantó los ojos como si despertara de un ensueño y Vinicio, con los suyos embellecidos como por la expresión de una plegaria, inclinado hacia ella y cogiéndola suavemente de la mano, le preguntó:

— ¿Es posible, Ligia, que no me entiendas?...

— No — respondió ella con voz tan débil que apenas la oyó Vinicio.

Por el rostro de éste pasó una casi imperceptible sonrisa de incredulidad. En aquel momento apareció el viejo Aulo, quien, acercándose, dijo:

— El sol se pone; hay que guardarse del relente y no gastar bromas con Libitina.

— He dejado allí la toga — respondió Vinicio — y, sin embargo, no siento frío.

— No se distingue ya — continuó Plaucio — más que la mitad del sol por encima del monte... ¡Qué encanto tiene esta hora en Sicilia, en aquel ambiente tibio y diáfano, entre los grupos que se forman en las plazas para entonar á coro cantos á Febo que se acuesta entre nubes de ópalo y grana!...

Y olvidando que un momento antes había aconsejado á los dos jóvenes que se guardaran de Libitina, diosa de los funerales, empezó á hablar de Sicilia, en donde tenía una importante explotación agrícola.

— Más de una vez — dijo — he tenido intención de abandonar á Roma y establecerme en aquella isla para pasar tranquilamente los últimos años de mi vida. No caen todavía las hojas de los árboles y envuelve la ciudad una atmósfera elemental; pero cuando los pámpanos amarillean, cuando la nieve cubra las cimas de los Montes Albanos y envíen los dioses sobre la campiña vientos helados é impetuosos, es muy posible que me traslade con toda la familia á aquellas posesiones, porque al blanquear la cabeza se sienten en demasía los rigores del invierno.

— ¿Piensas marcharte de Roma? — preguntó Vinicio con viva inquietud.

— Hace tiempo que lo deseo — respondió Plaucio. — Allí se está más tranquilo y se corren menos riesgos.

Y continuó hablando con fruición de sus huertas y jardines, de sus rebaños, de la casa escondida en la espesura, de las coli-

nas cubiertas de tomillo, lentiscos y retama, de los innumerables enjambres de zumbadoras abejas...

Pero Vinicio no atendía á esta idílica descripción, fijo su pensamiento en el inminente peligro de perder á Ligia, y de vez en cuando, como para pedir auxilio, dirigía la vista hacia donde estaba Petronio, quien, sentado cerca de Pomponia, se deleitaba contemplando el espectáculo del sol poniente que envolvía con sus postreros rayos los árboles del jardín y las figuras humanas de pie junto á la piscina. Las blancas túnicas, besadas por la débil luz solar, tenían reflejos dorados; la atmósfera iba perdiendo lentamente sus resplandores rojizos y tomando un tono purpúreo violáceo, para adquirir definitivamente la transparencia del ópalo. La bóveda celeste se había teñido de un color violeta pálido. Los oscuros cipreses se destacaban más vigorosamente sobre este bellissimo fondo. Un aura de paz, la paz misteriosa del crepúsculo vespertino, se extendía sobre todas las cosas...

Petronio se sentía como asombrado de esta quietud. En los semblantes de Pomponia, del viejo Aulo, de su hijo, de Ligia, advertía cierta expresión inefable que jamás había observado en los rostros de las personas que solían rodearle: una sencillez serena y luminosa, efecto, sin duda, de la vida que se llevaba en aquella casa; y por primera vez columbró la existencia de una belleza, de una felicidad hasta entonces para él desconocida. Y no pudiendo ocultar esta impresión, dirigiéndose á Pomponia, dijo:

— ¡Cuán diferente es vuestro mundo del que gobierna Nerón!

Levantó ella el delicado rostro hacia la luz crepuscular y respondió con sencillez:

— No es Nerón quien gobierna el mundo, sino Dios.

Hubo un momento de silencio. Después se oyeron las pisadas del viejo Aulo, de Vinicio, de Ligia y del pequeñuelo; pero antes que el grupo llegara, preguntó Petronio:

— ¿Crees, pues, en los dioses, Pomponia?

— ¡Creo en un Dios único, omnipotente, justo y misericordioso! — respondió ella.